

# EL VIENTO, UN ARTÍCULO.

David M<sup>a</sup> Tellechea Santamarta

Casi todos los años sucede lo mismo. Aquí, en Huesca. Por primavera. El campo se llena de verdor y trinos. Las mieses, esta vez rebosantes tras las copiosas lluvias de los últimos días, se balancean al ritmo de la brisa. Y comienzan a amarillear con sutiles pinceladas, salpicando de ocre la llanura. De los sotos frondosos del Isuela, Alcanadre o Guatizalema, emerge el canto rítmico del cuco. Y entonces, precisamente, recibo la llamada del entrañable Esteban. Y claro, como consecuencia de la vorágine del quehacer diario, que engulle mi tiempo. Me había olvidado de escribir para OARSO.

Ahora bien, ¿cuál va a ser el tema?

Podría recordar, por ejemplo, aquellas tardes de verano, en las que íbamos a bañarnos a "puntas". Andando, por supuesto. Siguiendo la ruta de las gaviotas, cruzábamos el Puente del "Panier", camino de Lezo. A la vera del Santo Cristo y tras subir por la calle Mayor, giro a la izquierda pasado el antiguo palacio de Andreone y caminata bajo la fronda que emerge de las primeras estribaciones del Jaizkibel. Allí abajo, entre el fango, algunos se afanan en recoger "txitxares". Una pareja de bacaladeros descargan en Pysbe. Y el olor a salazón se desparrama por doquier, al alcanzar las primeras casas de San Juan. Hiende el aire una sirena. Y un antiguo "arrantzale", con los remos al hombro, baja, descalzo, por unas escaleras a cuyo final se balancea su lancha. Después, la rampa de Bonanza, llena de críos pidiendo monedas. Algún pescador, en el pretil, mira absorto el corcho, que cabecea de un lado a otro, según la corriente. Y entra un mercante que enfila el muelle de Buenavista, majestuoso. Trago de agua en la ladera. Y luego el baño, que resulta sumamente refrescante y delicioso al final de la caminata, junto a la escollera de acceso al puerto.

También podría ser interesante que el escrito contara los recuerdos de algunas tardes de los domingos. ¿195...? Multitud de personas caminan por la acera de la Fábrica Grande, rumbo a Larzábal. Olor a "farias". Y conversaciones

animadas. Padres, hijos, ilusionados con sus "idolos" del balompié. En el puente, se les juntan los que vienen por Santa Clara. Pasamos las "monjas". La gasolinera. El bosque de "Fandería". Y por nuestra derecha, el río se escurre, con placidez, bajo la frescura de los árboles. Ya desde el caserío, se huele a linimento. Bullicio en la cantina. Cervezas, anís y "pattarra". Estalla el ambiente al saltar los jugadores al campo. Gritos. Aplausos. Expectación. Y balones a la carretera. Pasa el "topo", ralentando la marcha y pita alegre en su bamboleo. En el descanso, otro asalto a la cantina. (No obstante, siempre hay alguno que "ve" el partido desde allí). Tras la caseta, se evacúan los líquidos sobrantes... ¡Gooooo! Y el portero, con las rodilleras manchadas de barro y la gorra ladeada, se incorpora con tristeza... La vuelta resulta alegre y bulliciosa. Al anochecer, en la alameda, la banda arranca con un pasodoble. *El "Turin" de Rentería...*

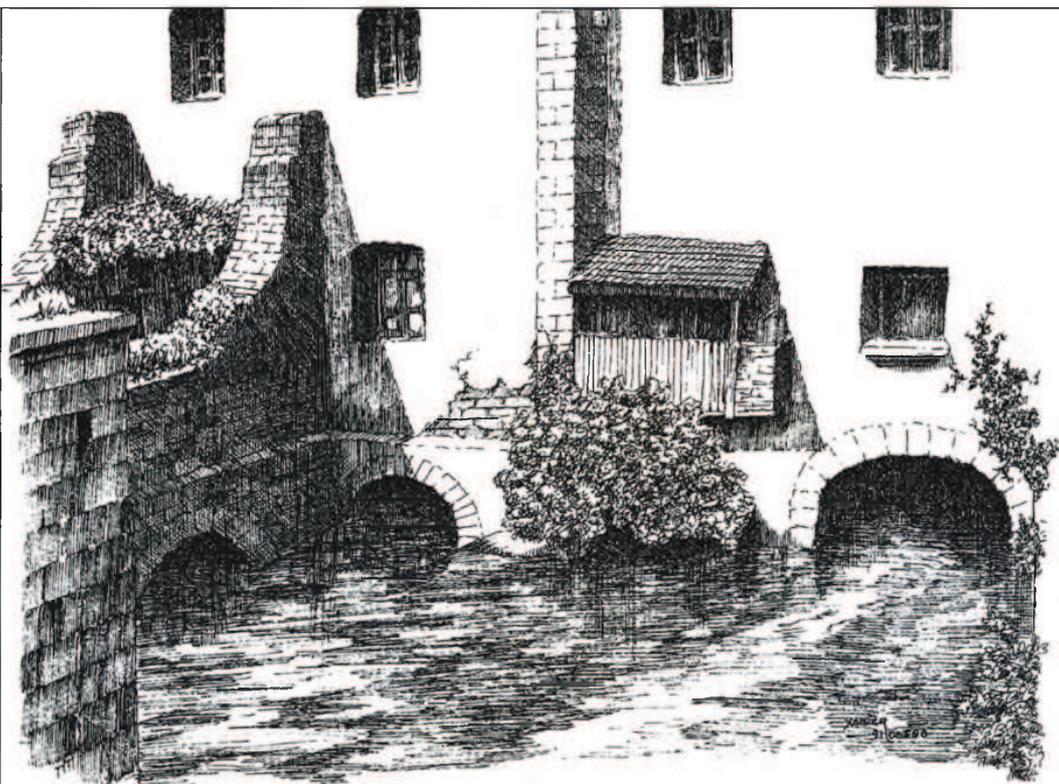
No sería descartable que el tema del artículo que estoy deseando escribir versara sobre las procesiones del Corpus. Las nuevas generaciones de lectores de *Oarso* van a mirarme con extrañeza. Los "carrozas" sonríen, seguro... Desde temprano, las calles se ven alfombradas con junquillo, verde y oloroso. En distintos rincones del pueblo se levantan altares repletos de rosas y velas. Sale la comitiva de la parroquia, por la puerta grande. Olor a incienso. Cánticos fervorosos. Los sacerdotes bajo palio. Don Roberto porta la custodia y todos ellos van revestidos de hermosos ropajes dorados. Les siguen, serios y compuestos, el alcalde y los concejales. Los niños refulgen en sus trajes de comunión y muy repeinados. Ellas de blanco y velo en la cabeza, con un cestillo repleto de pétalos de rosa. Todos llevan un librito anacarado y un rosario en las manos. Dos larguísimas hileras de devotos desfilan a los lados. El coro parroquial, tras el palio. *Gloria a Cristo Jesús...* Y más allá, la banda, con sonos majestuosos, brinda el ritmo exacto para el desfile. Luce el sol. Parada ante uno de los altares. Bendiciones, oraciones. Cánticos y fervor. Pétalos al aire. Y el éter se llena de fragancias.

También podría ser que se me ocurriera decir algo sobre cómo discurría nuestra niñez en las escuelas. Las "públicas", las "rosas", las "canarias", "Ayerbe", los "frailes" y las "monjas". Suponían la práctica totalidad de la oferta educativa de la postguerra, en nuestro pueblo. Las "públicas" junto al frontón; las "rosas" subiendo al topo; las "canarias" en la calle Sanchoenea, junto a la librería "Galarraga"; "Ayerbe" ubicada en el chaflán de la calle Magdalena, a la vera de la "plaza"; los "frailes", frente al río, en la carretera, pegados a la fábrica "grande"; un poco más allá, cruzando el puente, las "monjas". Niños y niñas con bata. Pantalón corto, ellos y vestido, ellas. Bolsas de trapo que colgaban en bandolera. Olor a "quitaborrón" y lápiz. Plumieres repletos. En el canto de la mesa, de madera, desgastada por el uso y los friegues de lejía, se encontraba el tintero. *La*



"m" con la "a" "ma", la "m" con la "e" "me"... Y el rasguído del plumín sobre el cuaderno de caligrafía. ¡Ojo con la redondilla! Vaya, una mancha de tinta. Raudo el secante, a la espera del pescozón correspondiente. A mitad de jornada, el recreo. Risas, juegos. Luego, la musiquilla de la tabla de multiplicar, perfectamente entonada y gritada, se expande por el aula... *ocho-por-tres-veinticuatro, ocho-por-cuatro-treintaidós...* La "señorita" nos explica la gesta de Sansón (Historia Sagrada). Y a última hora, aparece don José, el cura. Y habla de los ángeles, del demonio, de Dios... Los más pequeños hacen chirriar el pizarrín sobre la pizarra, perfectamente enmarcada, en uno de cuyos vértices cuelga un trapo que sirve para limpiarla. Eso sí, tras los salivazos de rigor. Suena el "tuto" de alguna fábrica. A la salida, carreras, revoloteo, bullicio... Y las batas y delantales que denotan "la dureza" de la jornada, con diversas manchas, principalmente de tinta. ¡A por la merienda!

No sé si el dichoso artículo podría tratar sobre el río. Sí, nuestro Oyarzun, tan deteriorado y sucio, ahora. De críos nos bañábamos en Fandería y "presa". Alguna incursión al "puente peligroso", tras pasar, con sumo cuidado y equilibrio, sobre las traviesas. Abajo el río, remansado, discurría entre juncos. Lodo hasta más arriba del tobillo. Frenéticas competiciones natatorias, violentos chapoteos. A veces pescábamos anguilas. Y en la época correspondiente, con una lata de tomate finamente agujereada, intentábamos atrapar angulas, en las cercanías de "presa". En fiestas, frente a la Papelera, se celebraban "cucañas". Chapuzones, risas y revoloteo de patos. Los más audaces se aferraban desesperadamente al tronco que, engrasado y en posición horizontal, se elevaba sobre el río. También las máquinas se afanaban en dragar su fondo, de vez en cuando, para evitar riadas. Eso sí, cuando se enfadaba, subía y subía de nivel. Hasta desparramarse por la Alameda, calle Viteri, plaza de los Fueros y calle Magdalena. Comercios deshechos. Lodo y desperdicios por doquier. Caras largas y llanto. Los hombres manejan la pala y amontonan el barro. Luego, baja el nivel, de nuevo. Y el río vuelve a su cauce. Nosotros continuamos ejerciendo el ocio, a su vera. Y en la explanada, de su orilla, tras las "monjas", jugamos al fútbol. Balón al río. Cañas en ristre y repesca del esférico. Al cabo del tiempo, aquello se convirtió en nuestra primera pista de atletismo. ¡Ay!, del *legendario Club Atlético Rentería...*



Ahora pienso que bien podría rememorar una serie de personajes entrañables que, de tan cotidianos, nos resultaban familiares. ¿Recordáis al afilador? Tirando de su bicicleta, mudo testigo de cientos de caminos y encrucijadas. Calles empinadas y adoquines desgastados... *el afiladooooor...* Y el chirrido inconfundible del acero sobre el esmeril. Chispas voluptuosas y saltarinas. Tras una esquina, emerge la figura cansina del miele-ro... *buena miel de la Alcarriaaa...* Cuelgan las tinajas, de barro, a ambos lados de la lomera de su rocín. El ambiente se dulcifica con aroma de mil flores, de campos áridos en verano, pero olorosos en primavera. Por la cuesta, baja la pescadora, con la cesta, amplia y rectangular, en la cabeza. Paso garboso y el delantal salpicado de escamas... *sardiña freshcu freshcueee...* De un portal sale una mujer y compra una docena de sardinas, relucientes, primorosas. Algún gato, al acecho. Y las moscas que revolotean por allí. Atado a una argolla de la pared de Amulleta, rebuzna un burro. Tras él, se amontona el excremento de horas de espera. Al fin llega la "cashera", portando dos enormes marmitas, que las cuelga a ambos lados del jumento, junto a las "otarre", ahora vacías. Le fustiga con una vara, más bien larga. Y se pierden depósito arriba, hacia las Agustinas. Se cruzan con una pareja de bueyes, uncidos con un adornado yugo, rematado por una cinta, de la que penden colorados pequeños cordeles. Que se balancean al ritmo de su paso tranquilo, rozando su rostro. Rumian constantemente y una espesa baba se descuelga por entre sus fauces. El hombre, "acullu" al hombro, con la boina casi encasquetada, detiene la carreta... so... Y se encamina al "Chato" para refrescar el gaznate. Más abajo, están con la descarga de sidra. Y el largo y estrecho tonel termina en un grifo de latón, del que, cada vez que llenan los tubos metálicos, emerge un olor penetrante a manzana líquida que se expande por toda la calle. Que va dejando un reguero fragante, hasta "Mikelazulo". La otra pareja de bueyes aguanta paciente, mientras observan, inexpressivos, el trajín de los que cargan y descargan el dorado líquido. En unas cubas enormes que yacen al fondo de la sidrería. Cuyo suelo, la tierra, se halla mojado por las salpicaduras. Sale D. Roberto de la sacristía. Sotana airosa. Niños corriendo... *Ave María Purísima...* Y nos alarga su mano, la cual besamos con reverencia...

La verdad es que estoy hecho un lío. Convendréis conmigo que cualquiera de ellos podría haber sido un hermoso tema para un excelente artículo. Pero, pensando, pensando, ha llegado la noche, aquí, en Huesca. Y la luna, que aparece tras una loma, anuncia una noche calmada. Se escucha el grillo y las sombras se apoderan del paisaje, incitando al reposo tras una jornada de trabajo.

Así que, poco a poco, me desprendo de mis recuerdos, que podrían haber sido objeto de buenos escritos. A no ser que el viento, suave en este atardecer, que nunca se sabe lo que puede portar entre sus alas, recoja en su seno, sutil, mis pensamientos y los transporte hasta el pueblo que me vio nacer, para fundirlos con almas sensibles. Que se niegan a olvidar lo que fueron sus vivencias, durante una época que, a buen seguro, no ha de volver. *Jamás...*